

L. Linares Becerra
Blasco Ibáñez
(*El Pueblo*, 13-5-1909)

Conocí a Blasco Ibáñez en una de esas clásicas reuniones que daba la ilustre Colombine en su encantador pisito de la calle de San Bernardo.

Ya hace tiempo. Todavía llamábamos insigne a Melchor de Palau y creíamos en el talento de Rubén Darío.

En aquel adorable pisito blanco nos reuníamos los domingos los amigos de Carmen de Burgos a charlar de libros y de autores, a hablar mal del ministro de Instrucción pública y a coronar a Salvador Rueda.

El admirable espíritu de Carmen, que a veces se viste de Shelley romántico y de Juvenal socarrón, para todos tenía una agudeza y un pensamiento.

Además los ojos claros y serenos, dulces como un madrigal, de Kety, la hermana de Colombine, perfumaban el ambiente de una ingenuidad exquisita. Se estaba allí muy bien.

Los maestros alternaban con los jóvenes en razonadas polémicas; se recitaban versos, se llamaba *batata* a algún escritorcete más o menos ateneísta; y, en fin, se pasaban muy bien algunas horas, siempre que Palau no recitase versos.

Pues en una de estas reuniones, en la más solemne, preparada para organizar un homenaje al divino Salvador Rueda, me presentaron a Blasco Ibáñez.

Cuentan que cuando Blasco Ibáñez conoció a Zola, se arrodilló ante él y le besó la mano. Eso mismo estuve tentado de hacer yo con Blasco Ibáñez.

Había yo leído ya todas sus obras. Habíame deleitado como con nada con *Entre naranjos*, aquella novela en la que hay un trozo del alma en verso de Blasco, hecha divina prosa lírica; había sentido la formidable impresión de *Flor de mayo*, cuyo final parece trazado por la pluma de Edgar Poe; había vivido la vida romana a través de *La cortesana de Alejandría*, maravillosa narración, cuya erudición pasma y empequeñece al *Salambó* de Flaubert; había leído *La catedral*, obra ciclópea, digna también de haber sido proclamado monumento de la nación, y cuyo protagonista, Gabriel Luna, es uno de los tipos más grandes de la novela española; había llorado con el alma inquieta del Renovales de *La maja desnuda*, y sobre todo había saboreado las narraciones incomparables, de costumbres valencianas, de

Arroz y tartana y *La barraca*, cuyo tío *Barret* vale tanto como cualquiera de los Rougon de Zola.

Yo había leído a Blasco Ibáñez y le quería con toda mi alma.

Por eso estuve tentado de arrodillarme ante él y de besar la mano que escribió *La horda*.

No me atreví y me fui medrosico e insignificante a esconder cerca de un balcón, tras un estor pródigo, desde el que estuve contemplando a Blasco Ibáñez toda la tarde, hasta que se levantó y se fue.

Yo me quedé humillado, tan humillado, como cuando un día leyendo el *Edipo* pensé:

—Señor: si no he de llegar a Sófocles, ¿por qué escribo?

También aquella tarde escondido detrás de una cortina y convencido de la insignificancia de mi labor ante la labor imperecedera de Blasco Ibáñez, pensé con los ojos llenos de lágrimas:

—¿Por qué escribo?

Una tos seca me despertó y vi a Melchor Palau ahilado, tieso, dando casi con la cabeza en las cornisas, tirando de su perilla respetable...

—¿Y por qué escribirá este? —me pregunté.

—¿Y por qué habrá llegado a académico?

Y aquel día me marché desesperado de casa de Carmen pensando en que Blasco Ibáñez no es académico y Melchor de Palau, sí.

Y es lo de siempre. Hay glorias que nos vienen muy anchas, y la de Blasco Ibáñez es una de ellas. Es necesario que en Francia le adoren, que le premien, que declaren sus novelas de texto para aprender al castellano; es preciso todo esto para que en Madrid se enteren de que deben algo al primer novelista de España...

Cuando el eco del homenaje que las repúblicas sudamericanas le preparan llegue a nosotros, creeremos al fin que ya es hora de que hagamos por él algo más que colgarle un cintajo en el ojal y ofrecerle un banquete.

La América del Sur va a salir al mar a recibir a Blasco Ibáñez. Blasco Ibáñez es el idioma querido de la vieja raza latina, es el alma española. Es hijo predilecto de la que un día fue madre única.

Es de la noble estirpe de los conquistadores, pero no va a conquistar tierras, sino amor. Les lleva el nuestro a la tierra de oro.

Sus conferencias tendrán una importancia inmensa. Toda América se conmoverá al eco de la voz de España, y el viejo amor hacia la península vibrará potente en una clamorosa resurrección.

Ningún hombre estuvo investido de misión tan alta. Oirán su palabra como la palabra de un dios. A su paso irá sembrando amor y bien. Sobre

aquella tierra caerá su voz como un trigo hispano que fructificará más tarde en fáciles cosechas.

Es el viaje de la lengua castellana, de la literatura española.

Las conferencias que serán pagadas a peso de oro, no estarán bien pagadas si no se las paga con lo que merecen: con la inmortalidad.

Cuando Blasco Ibáñez regrese a España brindémosle un homenaje excepcional.

¿Por qué no se le invita a desembarcar en Valencia y se viste la ciudad de gloria y se arrodilla toda ante Blasco Ibáñez, cuando llegue, como ante un dios que bajase a la tierra?

Algo así hay que hacer para honrar al maestro y para corresponder al esfuerzo que significa para los españoles de América el llevarle allí.

Lléveles el maestro nuestro cariño.

¡Benditos y grandes vosotros que queréis cambiar por arte el oro de la tierra fecunda!...